

## SOBRE UN «DESCUBRIMIENTO» DE RUBEN DARIO

P O R

JOSE MARIA SOUVIRON

El descubrimiento de un poeta, mejor dicho, de la poesía en un poeta, es un tema que, habiendo sido tratado en muchas obras, aún permanece en un misterio del que, seguramente, no saldrá nunca. Un hallazgo que hiciese perder ese misterio anularía, inmediatamente, el propio valor de lo poético. Podremos acercarnos, a tientas, a ese misterio, encontrar caminos que nos lleven hasta su proximidad más exaltante, pero de cada uno de esos intentos se logrará sólo la convicción de que, cuando hemos creído estar a punto de desvelar tal conocimiento, éste se retira, dejándonos maravillosamente burlados, y para nuestro bien. Constantemente, y con una intensidad que corresponde al grado de sensibilidad de que cada uno dispone, nos estamos encontrando con sensaciones de poesía, pero nunca llegamos, si acaso nos proponemos llegar, a conocer el «cómo» de esos encuentros y la explicación de su esencia.

Quizá todas esas aproximaciones no sean sino retornos a impresiones primordiales, a iniciales expectativas y sorpresas de nuestra infancia, nacidas en contacto, más que con una pureza natural, con una disposición al asombro. El secreto de las cosas se nos revela de pronto, como si nunca las hubiésemos visto. Alguien dijo que un hombre no puede asomarse a la ventana sin ver algo que nunca vio antes. Pero si esta impresión, o sucesión de impresiones, es misteriosa en cuanto se refiere al contacto de nuestra naturaleza personal con la naturaleza exterior, no lo es menos cuando damos, por vez primera, con una poesía hecha, expresada ya por un poeta, que llega hasta nuestro espíritu con una fuerza de novedad, de primer encuentro con algo que no sabíamos que existía «así», y en el que nos conmueve la interpretación de nuestro propio sueño con unas palabras que acaso llevábamos dentro, pero que no habíamos conseguido reunir y coordinar del modo que el poeta nos las ofrece. La biografía ideal (y al parecer imposible) de un poeta no debería referirse a las fechas de su nacimiento, de su educación, ni siquiera las de la publicación de sus libros, sino a la enumeración explicada de los sucesos que constituyeron, no sólo su vocación, sino el desarrollo de su sensibilidad traspuesta a su obra.

En todo descubrimiento de un poeta hay una especie de inocencia, compartida entre el mismo poeta y el lector. Una alegría de paraíso constante, en la que cada día descubriéramos de nuevo el mundo, como si todos siguiéramos siendo el primer hombre durante el primer día.

Estos descubrimientos no exigen una edad determinada, ni la receptividad de un vacío que espera llenarse con algo. Basta con que el ánimo dispuesto y el ánimo despierta estén en aptitud de recibir la buena nueva poética, dicha como nunca la oímos decir. Pero es indudable que esas impresiones de hallazgo son más fuertes, más definitivas y más penetrantes cuando se las recibe junto a los primeros contactos con la vida sensible, en un tiempo en el que sabemos responder al pasmo, a la sorpresa, a la maravilla de lo inesperado que, en cierto sentido, estábamos queriendo esperar, deseando conocer. En otras palabras, con una disposición de amor mediante la que descubrimos nuestro enajenamiento, nuestro sobresalto, una especie de estupor comunicativo que nos hace mejores y más completos de lo que éramos un momento antes del descubrimiento.

Este es el motivo de que a ciertos poetas que nos revelaron un mundo cuando nosotros no estábamos en disposición de verlo sin su ayuda, no podamos nunca discutirlos ni juzgarlos del todo, y de que, en el caso de haberlos juzgado por obedecer a determinadas circunstancias de tiempo o de costumbre, volvamos inevitablemente a ellos para encontrar, quizá con otro sentido más puro, aquello que nos hizo quererlos el día que los vimos por primera vez en una de sus obras. Tengamos en cuenta, a pesar de todo lo dicho, que las impresiones poéticas no son abundantes, que son pocos los poetas en quienes nos sentimos, no diré interpretados, sino comprendidos, y que en cada nuevo descubrimiento hay un peligro de sustitución, algo así como una idea avasalladora de que lo que acabamos de encontrar en esas circunstancias de plenitud, borra o aleja lo que habíamos obtenido del otro.

Toda poesía, por excelsa que sea, está sujeta en parte (y nada más que en parte) a circunstancias de época, de modos y modas, de influencias generales, de ámbito cultural y hasta de condiciones sociales del momento en que es producida. Lo que distingue a la verdadera poesía de la seudopoesía o de la poesía «voluntaria» es el vencimiento, a la larga o a la corta, de esas condiciones particulares. Por lo demás, la poesía perdurable no puede ser despojada de su forma ni de sus aspectos meramente externos para acomodarla al uso de otro tiempo. Lo que es, es, y hay que amar las cosas y su interpretación por lo que son en sí, y no abandonarlas por un afán de estar *al día*. La duración de un poeta podrá estar sometida a altibajos de crítica, a cambios casi meteo-

rológicos de olvido y recuerdo, pero si ese poeta ha encontrado en alguna parte de su obra la intensidad que constituye la excelencia del arte, volverá a surgir, airoso y tal vez crecido, de toda la tierra que se haya querido echar encima para seguir, torpemente en la mayoría de los casos, los mandatos de un cambio que, más que de sensibilidad, suele ser de actitud, y de actitud no siempre ejemplar ni justificable.

La mayor parte de los poetas de mi generación o edad tuvimos una época, más o menos claramente manifestada, de ingratitud con Rubén Darío. No sólo en España, donde esa ingratitud pudo depender de contagiosos desdenes, sino en América hispana y en la propia patria de Rubén. Son varios los grandes poetas nicaragüenses vivos y en plenitud ahora, que se han arrepentido públicamente de ese abandono, y que han hecho lo necesario para olvidar tal olvido o para confesar decididamente su equivocación. Yo debo reconocer que participé, sin mayor violencia ni alharaca, de ese apartamiento, por fortuna momentáneo, y que acaso no fue sino una reacción lógica (poéticamente lógica) ante las exageraciones de pupilaje y ante las imitaciones lamentables que todo gran poeta deja como escuela, sin tener culpa de ello. El propio Rubén declaró que él no defendía todo lo que, en torno de él, y queriendo ampararse en su nombre e irradiación, se dio en llamar «modernismo». Ni Rubén tuvo la culpa de que su eco diera a la poesía española de un tiempo un tono excesivamente neblinoso, figulinesco, versallesco, ahito de vagas mitologías y sombras lacustres, ni García Lorca la ha tenido de todos los morenos verdes y todas las lunas atamboradas y agitanadas que abundaron, no sólo en los poetas, sino en los autores de las más ramplonas canciones flamencoides hechas al amparo de una modalidad pegadiza.

De lo que sí podemos estar ciertos es de que entre los contemporáneos españoles de Darío no hubo ninguno que valiera literariamente la pena, que le tomara a burla o con desprecio. Otra cosa es que muchos críticos facilones y muchos poetas de vía estrecha le hicieran objeto de chacotas de mal gusto. Ninguno de los grandes de aquel tiempo, de los que iniciaban su plenitud o la habían alcanzado al ser descubierto Rubén en España, pudo sustraerse a la admiración más sincera. No todos con la misma disposición, bien es cierto. Como ha expresado un sagaz crítico e historiador, «todos, en frío o con fervor, admiran su maestría: unos acompañan sus pasos a los pasos de él (Salvador Rueda); otros no se suman a la procesión, pero la miran pasar con respeto (Antonio Machado) o a regañadientes (Unamuno); están los entusiastas (Villaespesa, Valle-Inclán), y no

faltan los más jóvenes, que llevarán el estandarte hasta una poesía de puras esencias (Juan Ramón Jiménez)» (1).

En mi tiempo, en los que nacimos a la poesía o las letras poco antes de iniciarse la treintena de este siglo (abarcando gente de diversa edad, entre quienes había *hijos* y *nietos* de los del 98), creo que la actitud fue diferente. A ese aspecto de un conjunto de poetas, muchos de ellos hoy en plenitud admirable, quiero referirme, no con citas, ni juicios, ni nombramientos, que serían impertinentes, sino juzgando a través de mi propia actitud, que no creo fuese muy distinta de la que tuvieron esos hombres que ahora andan algo más allá de los sesenta, aunque no hayan alcanzado, en su mayor parte, los sesenta: poetas que van, aproximadamente, con el siglo.

No quiero hacer compartir mi punto de vista, mi impresión rubeniana, con la de mis compañeros. Cada uno, en su sentir diferente, ha de haber tenido una experiencia distinta, por lo menos en matices, en detalles circunstanciales. Pero me atrevería a asegurar que las distancias de procedimiento y de comportamiento no pueden ser excesivas. En primer lugar, Rubén fue, para muchos de nosotros, el «primer» poeta que nos reveló un lenguaje poético y una calidad expresiva que parecía (y en muchos sentidos era) diferente, si no opuesta, a la de los poetas que brillaron en los dos últimos decenios del siglo XIX español; es decir, a los poetas que, en estricta cronología literaria, son anteriores a Rubén, y no contemporáneos propiamente tales, aunque coincidieran en algunos años de vida y aun de obra. Creo que a la mayoría de los poetas de mi edad la primera revelación de una poesía «nueva» les fue hecha por medio de Rubén. Todos descubrimos en nuestra adolescencia, casi en nuestra infancia, a Rubén antes que a los Machado o a Juan Ramón. Pero aquel Rubén que se nos reveló con caracteres de instancia, con una fuerza desconocida, llegó a nosotros ya mediatizado, incluso burlado, por la enseñanza entonces predominante. Mis primeras impresiones de Rubén datan de los estudios de preceptiva literaria en el bachillerato.

Fueron impresiones «superadoras», porque tuvieron que luchar en mí con una coraza, endeble, pero bastante cerrada, que habían forjado los textos al uso, los profesores en vigencia y los comentarios habituales. Toda renovación poética es objeto de temerosos rechazos, pero si es auténtica renovación, vence y atrae hacia ella aun a los mismos que, dotados de cualidades superiores, han hecho en algún momento escarnio de la novedad. Ya sucedió con los coetáneos de Góngora, entre los que algunos de los más grandes poetas de nuestro

---

(1) ENRIQUE ANDERSON IMBERT: Prólogo a las *Poesías* de Rubén Darío, Fondo de Cultura Económica, México.